

que las potencias estuvieran dispuestas á hacer en favor de la causa común.

En presencia de esta actitud de Inglaterra, el interés de la política francesa parecía exigir por parte de Francia una extrema reserva. Debíase poner tanto más cuidado en apaciguar las potencias

del continente, cuanto mayor ya lo desplegaba Inglaterra en arrastrarlos á la guerra, y á pesar de todas las faltas cometidas, esta tarea áun era fácil, tan descorazonadas estaban las potencias á causa de sus últimos desastres. El temor que les inspiraba el emperador Napoleon era tan grande que, las meno-



KLEBER

res concesiones de su parte, hubieron bastado para mantener la paz.

Parece que, preparando entonces Napoleon con más actividad que nunca su arriesgada empresa de desembarcar en Inglaterra, la más vulgar previsión le hacía un deber de asegurarse por adelantado de la neutralidad de Europa. Pero por una inexplicable aberración, jamás su diplomacia había sido más provocadora.

Hémosle visto frío con Prusia, cuya buena voluntad tantos servicios le había prestado; en ruptura casi abierta con Rusia de lo que hubiese sido fácil en un principio hacer una aliada, en fin, las relaciones con Austria eran muy tirantes, y esto que Austria era para Francia una enemiga natural, pero una enemiga impotente mientras estuviera aislada. Ahora bien, lejos de hacer cosa alguna para mejorar esta situación, se agravaba cada día con la insopor-

table arrogancia de los procedimientos. Hemos visto con qué irreparable daño se había contestado á la muy legítima protesta de Rusia contra el rapto del duque de Enghien del territorio germánico. Desde entonces Rusia había notificado su protesta á la Dieta de Ratisbona, pero Alemania intimidada no osó sostenerla; Austria sólo la apoyó débilmente, declarándose, empero, pronta á darse por satisfecha con una simple promesa de explicación. Es decir, que Napoleon declarara que su conducta había sido

dictada por motivos secretos que no podía aún revelar, y Austria se daba por satisfecha.

Napoleon rechazó con altanería esta conducta, y la Dieta, que estaba muy lejos de pensar en la guerra, se contentó con un término medio que presentó el mismo elector de Baden. Ese príncipe, temblaba á la sola idea de ver sus Estados de nuevo convertidos en campo de batalla de una nueva guerra europea, así se declaraba «satisfecho con las explicaciones que se le habían dado,» lo que per-



FEDERICO AUGUSTO, elector de Sajonia

mitía dejar á un lado la nota rusa; pero si la cuestión quedó aplazada, no quedó resuelta; pues en todos los corazones alemanes quedó el recuerdo de una doble ofensa que debía ser más tarde vengada.

Dicho se está que esta solución no era la más á propósito para calmar el resentimiento de Rusia; sin embargo, renunció á insistir cerca de la débil Dieta de Ratisbona, que sólo su impotencia reducía á sufrir esta humillación; así no cargó este nuevo desaire sino en la cuenta de su verdadero autor.

La corte de Rusia acababa de recapitular en una nota dirigida el 24 de Julio de 1804 por Oubril á Talleyrand, todos sus antiguos agravios contra Francia. Esos agravios nunca se habían abandonado, bien que hubiera dejado que durmieran por bastante tiempo, pero los reproducía hoy pidiendo satisfacción para todos sus extremos, es decir, pedía

que se evacuase el reino de Nápoles, que se diera al rey de Cerdeña la indemnización tantas veces prometida y siempre eludida, que de una vez se arreglaran de una manera definitiva los asuntos italianos; y en fin, que se adquiriera el compromiso de evacuar el Norte de Alemania y respetar la neutralidad del territorio germánico.

Cosa triste y curiosa es, sin duda alguna, poner al lado de estas reclamaciones, sin duda muy legítimas, la respuesta que Talleyrand hubo de darlas, tres días después, nada mejor para hacer ver el camino que se había recorrido desde hacía algunos años. Recriminaba con motivo de la protección concedida por el gabinete de Petersburg á Vernegues y á de Entraigues que se habían naturalizado en Rusia y cuyos nombres no podían dejar de recordar las infracciones que había cometido Francia, contra el derecho de gentes; le reprochó el

luto que la corte de Rusia había tomado en ocasión del asesinato del duque de Enghien, lo que era para ella un título de gloria; insistía sobre las intrigas de Markoff, á quien su carácter de embajador no había preservado de un ultraje público, y cuya única verdadera culpa había sido la de ser sobrado previsior; prevaliase, en fin, para justificar nuestras invasiones en Europa, de la ocupación de la República de las siete islas por las tropas rusas. Esta ocupación se había, en efecto, cumplido, pero con el consentimiento de Francia que no pudiendo esperar poder defender las islas Jónicas contra Inglaterra, había dejado á Rusia que las tomara, á fin de hacer de ella más tarde un argumento para que pasaran todas sus voluntades por el continente. Sólo esta última reclamación era un tanto expresiva, pero el argumento decisivo, el único sobre el que contaba Napoleon, aquel que era siempre la última palabra de su diplomacia, era la amenaza directa que terminaba el despacho de Talleyrand:—«El emperador de los franceses, decía, quiere la paz; pero con la ayuda de Dios y de sus ejércitos, está en el caso de no temer á nadie.»

De modo que se había venido al extremo de que fuera Rusia, un gobierno que apenas había salido de la barbarie, quien representara contra Francia el derecho, la equidad, la seguridad de los intereses generales, que fuera él quien pudiera invocar contra nosotros la causa de la civilización, de la libertad de los pueblos, comparación tremenda para la política que había producido un tal cambio de papeles.

De Oubril respondió á Talleyrand manteniendo todas sus conclusiones y pidiendo sus pasaportes. Entonces, como cuantas veces, hubo alguien que osó hacerle frente con energía, Napoleon procuró hacerse atrás; retuvo á Oubril con diferentes pretextos; dictó á Talleyrand una nueva nota,—5 de Setiembre de 1804,—para protestar de sus buenas intenciones, para pedir que se olvidara el pasado; «por cuanto siempre su inclinación particular le había llevado á una relación de confianza, de estima y de amistad con el emperador Alejandro;» en cuyo caso hubiera estado bien que no le ultrajara antes arrojándole á la cara una imputación de parricidio. Esas vanas y tardías palabras se tomaron por lo que valían, y nuestras relaciones con Rusia quedaron interrumpidas sin que por esto se declarara la guerra. Hé aquí á qué desenlace fué en pocos meses nuestra política con una potencia que se había presentado á nosotros como mediadora y mostrado las más amigables disposiciones.

Por poco Austria no siguió en este momento el ejemplo de Rusia; lo único que la contuvo fueron la insuficiencia de sus preparativos. Cuando la elevación de Bonaparte al imperio, el primer arranque del soberano austriaco fué el aprovechar esta ocasión para obtener en cambio de su reconocimiento el título hereditario de emperador de Austria, que unía con el título electivo de emperador de Alemania. Pero habiendo tenido después motivo para quejarse de la influencia francesa por el modo como se arreglaron los asuntos de Alemania, pues Bonaparte sostuvo con todo su poder á los pequeños Estados contra el imperio, combatiendo con éxito las rancias pretensiones de la nobleza inmediata, el gabinete austriaco por dichos motivos se había ido enfriando. Así mostró poca diligencia en reconocer al emperador de los franceses á pesar de sus reiteradas promesas, y hasta parecía temer, lo que era bastante significativo, que Napoleon, después de haber obtenido el reconocimiento austriaco, no eludiese dar el suyo al emperador de Austria. Napoleon perdió la paciencia, y según su costumbre puso fin á las temporizaciones enseñando la punta de su espada. Prescribió á Champigny que si era necesario adquiriera un compromiso escrito con el gobierno austriaco, pero que si estas desconfianzas no eran más que un juego, le forzase á pronunciarse, acosándole hasta en sus últimos atrincheramientos. «Diréis, le escribía, que se está formando un principio de coalición á la que no daré yo tiempo de que se estreche; que se engañarían y mucho si pensarán que yo pudiera embarcarme para Inglaterra en tanto el emperador no hubiese enviado su reconocimiento; que no es justo que con esta conducta equívoca me tenga 300.000 hombres con los brazos cruzados al otro lado de la Mancha; que si en Viena son bastante insensatos para querer comenzar de nuevo la guerra, tanto peor para la monarquía austriaca.»—3 de Agosto de 1804.

Ese resorte único, la amenaza, empleado en las pequeñas como en las grandes cosas, debía á la larga desacreditarse; en todo caso no bastaba para constituir una política. Dada la era de discusión, de publicidad y de razonamiento á que habían llegado las naciones europeas, era necesario recurrir á otros medios de persuasión; no eran ni tan débiles, ni estaban tan envilecidos que pudieran soportar por mucho tiempo tal lenguaje. Adivinase fácilmente que impresión debía producir en una corte en otro tiempo tan altiva. Lo que hay de singular es que la misma eminencia de una coalición prevista por Napoleon y que no sabía impedir le llevara á emplear

frases ofensivas y perentorias. Vea el peligro que la creaban sin hacer nada para evitarlo, tanto que se enfadaba con Talleyrand cuando éste las dulcificaba y atenuaba en sus despachos; no admitía que Talleyrand creyera en el peligro que había sido el primero en señalar: «Habría, le escribía con fecha 20 de Agosto, verdadera demencia ya que no imposibilidad absoluta por parte de la casa de Austria en levantar el estandarte de la rebelión, sola, ni aún con Rusia.» Esa palabra, de rebelión aplicada al imperio de Austria expresa hasta qué grado había llegado la infatuación y la embriaguez. Pero todavía había otro á quien quería convencer de la imposibilidad de una nueva coalición, y este era el público francés. Para engañarle con más seguridad no temía recurrir á vergonzosas supercherías, del género de las que ya habían servido para perder á Moreau, y de cuyas los más degradados gobiernos han desdenado servirse en nuestro siglo: «Las notas que me habéis remitido sobre la impotencia de Rusia, escribía á Fouché el día 28, están redactadas por un hombre de mucho ingenio..... hacédlas imprimir en un diario como traducidas de un diario inglés, cuidando elegir uno cuyo nombre sea poco conocido.»

La coalición que tan pronto negaba como declaraba impotente, no por esto dejaba de estar muy adelantada, y aún más, lejos de procurar deshacerla, lo que hubiera sido más político que negarla, parecía querer empujar á ella á Prusia.

Esta potencia estaba por Francia, porque la unían á ella mejor que sus simpatías sus intereses. Aún cuando muy ofendido por la ocupación del Hannover y rapto del duque de Enghien en el territorio de Baden, acababa de dar una prueba inequívoca de sus buenas disposiciones rehusando acoger la protesta que el conde de Provenza le había dirigido con motivo de la proclamación del imperio; y hasta estaba en vísperas de expulsarlo de Varsovia para complacer la policía recelosa de Napoleon. Cierta que había firmado secretamente con Rusia un tratado secreto, pero este tratado tenía un carácter puramente defensivo. Sin dárselo á conocer al gobierno francés, no le había ocultado cuales podían ser los puntos esenciales. Que el ejército de Hannover no fuera nunca mayor de 30.000 hombres, que no hubiera ninguna otra nueva violación del territorio alemán, mediante todo esto, Prusia no sólo se declaraba satisfecha sino favorable. Y para mejor advertir al gabinete francés de la importancia que daba á esos dos objetos, el rey de Prusia había reemplazado á su ministro Haugwitz partidario decidido de la política francesa, por de Hardenberg,

quien si no hostil, era independiente. Por consiguiente no se podía desear por parte de una potencia joven y ambiciosa mejores disposiciones, ni más fáciles de contentar.

Sin embargo, Napoleon llegó poco á poco á descontentarla en todos los puntos, á despecho de sus promesas reiteradas.

Desde el mes de Julio iba aumentando el ejército de Hannover con envíos de reclutas, alegando por pretexto la actitud tomada por los gobiernos extranjeros: «En un momento en que las grandes potencias,—escribía á Talleyrand el 2 de Agosto de 1804,—llevan el olvido de las conveniencias hasta llevar luto por los hombres que han querido derribar el gobierno, es muy natural que yo tome medidas para encontrarme dispuesto;» razonamiento que sin cesar acosa á ese espíritu absoluto. No bastaba que Francia estuviera amenazada por Rusia, era necesario exasperar á Prusia. Tal fué la lógica constantemente seguida por la política extranjera francesa durante el primer imperio, y todavía hay quien se extraña que acabará por volverse contra Francia. A esa queja que se envenenaba sin cesar sólo tocándola, Napoleon juntó muy pronto otra ni siquiera prevista por Prusia pero que no por esto le fué menos sensible.

En el curso de su viaje por las orillas del Rhin, durante el mes de Setiembre, Napoleon se vió con muchos soberanos de los Estados secundarios de Alemania, á quienes alentó á que se unieran, á fin de formar con sus fuerzas reunidas, un centro capaz de resistir á la atracción de los dos grandes Estados que deseaban sus despojos; en una palabra, arrojó el primer fundamento de esta confederación del Rhin cuyo recuerdo ha sido siempre tan odioso á los patriotas alemanes.

Tuvo por principal instrumento en esta obra, al elector archi-canciller de Dalberg, á quien había favorecido en la distribución de las indemnizaciones, y que á todo propósito hacía valer ante los confederados el interés que tenían en contemporizar con un vecino tan temible.

Una tal empresa, tal vez era política en el estricto sentido de la palabra, pero unida á tantas otras aventuras, no era para Francia más que un nuevo peligro, pues debía tener por primera consecuencia indisponerla con Prusia. Esta tuvo conocimiento del proyecto y encontró en él motivo para ponerse sobre aviso. Una tercera circunstancia acabó de llevarla adelante. A principios de Octubre de 1804, Napoleon, bajo la influencia de esta especie de vértigo que le llevaba á menospreciar y á provocar sin